

J. C. CONDE y V. INFANTES: *La Historia de Griseldis* (c. 1544), «Agua y Peña» 12, Viareggio-Lucca, ed. M. Baroni, 2000, 171 pp.

Una versión inédita del popular y noble «Griselda» siempre es bienvenida al mundo de las letras románicas. Y mejor se recepciona aún si viene tan bien acompañada por edición, notas y estudio introductor. El texto que se nos presenta procede de un impreso realizado en Sevilla, probablemente en el quinquenio 1540-1545, y conservado en la Biblioteca Nacional de París (sign. Rés.Yd. 237-240).

El relato o cuento popular, pues probablemente tiene raíces folklóricas (pp.21-25), pasó a ser muy apreciado desde que se vio elevado a lugar tan privilegiado del *Decamerón*, el de broche final; además, por obra y virtud del excelso barniz que le diera Petrarca en su traducción latina, ha adquirido gran trascendencia literaria; de modo que, según se recoge aquí en cita de Billanovich, «L'alleanza che questi due giganti subito strinsero, e poi mantennero immediata, costante, piena, impose un nuovo corso alla letteratura italiana e alla cultura europea» (p. 26, n.47).

Francia «es sin duda alguna uno de los países del contexto europeo donde la obra se acogió con más entusiasmo y mayor aceptación. De una de estas versiones... deriva directamente nuestra edición sevillana» (p. 66). Con ella se hacía revivir la historia que ya impresionara a los grandes trecentistas italianos hacía más de siglo y medio (p. 79).

El estudio que se efectúa aquí de la miscelánea en que se inserta esta versión es fundamental, ya que se halla entre otros textos de características similares del taller sevillano de Domenigo de Robertis. Complica pero a la vez aclara las cosas que el referente inmediato fuera el taller de los Cromberger, donde parece que había aparecido antes nuestro texto, así como también que el relato fuera ya conocido en castellano, según se desprende del Inventario de la Biblioteca de Medina Sidonia. Así, se va reconstruyendo en lo posible su filiación mediante el análisis de las pistas al uso: desde la tipografía, colofones, ilustraciones... al precio de los ejemplares (pp. 57-66).

El recorrido desde los primitivos franceses (la traducción de Mézières y una anónima del siglo xv) y las derivaciones posteriores dan pie a un interesantísimo y meritorio rastreo, que lleva a hacer coincidir en las imprentas de Sevilla el mismo texto por dos caminos; el otro es una traducción del *Decamerón* (1496) en que fue incluida esta versión petrarquesca en vez de la decameroniana y donde el reconocimiento a pesar de las variantes se hace evidente. Se nos informa también de que nuestra edición es una traducción literal de un curioso incunable de 1484 (pp. 66-73).

Transmisión la de esta versión, pues, tan sabrosa como compleja, que se sigue aquí con detalle y lucidez (pp. 73-77) y en la que, tras rechazar propuestas que también hubieran podido ser válidas, se llega a la conclusión de una edición común, sevillana, que hoy nos es desconocida. Y transmisión cuyo bagaje se refleja, justifica y aprovecha en las notas que acompañan a la edición, ya que las ampliaciones textuales, reducciones, etc., avalan, como ejemplos significativos, los criterios que se han hecho ya explícitos.

Estas notas, que se ajustan al espacio que lógicamente corresponde a una edición de estas características, nos dejan a veces con interés por ampliarlas; así nos ha ocurrido con el «moradas» (p.115), tan cercano a *Las Moradas* teresianas (1577); hecho que no acuso negativamente —pues no es vocablo o acepción conflictivos, ni hay descuido del rasgo etimológico, que se da otras veces—, sino desde lo positivo del acicate despertado.

Cabe recomendar también el libro por la metodología comparatista empleada y el mismo desarrollo del estudio, aunque no se aleguen más pretensiones que introducir a la

temática griseldiana y a la edición en concreto. Pues si a los estudiosos del *Griselda* les va a ser una guía en cualquier caso, para el filólogo en general es —a mi entender— un ejemplo de «focalización»; me refiero muy concretamente a la exposición del curso de la leyenda y su seguimiento literario dentro del espectacular aluvión de versiones (pp. 35-37), amén de la secuencia en tierras hispánicas (pp. 39-56). Pues el *zoom* que se efectúa —acotando el terreno (p. 38)— merece resaltarse desde el punto de vista técnico. Y si al «hermoso librito de Rossi» lo denominan «verdadero misal del griseldófilo» (p. 26, n. 48), podemos decir que con éste nos hallamos ante una Biblia de bolsillo griseldiana hispánica.

En cuanto a puntos concretos merece destacarse la explicación de la aportación o variación petrarquesca del relato —la «trappola» que nos tendió Petrarca, en palabras de Rossi (p. 18)—; es decir, la racionalización realista efectuada sobre el *Griselda* por quien tanto había pretendido ejemplificar con la historia (pp. 26-34), pasajes donde los autores reconocen la deuda para con Martellotti.

Desde mi aproximación al tema en cuanto estudiosa de esta temática (*Del Griselda català al castellà*, en prensa en la serie «Minor» de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona) y concretamente desde el relato catalán de Metge, tengo que comentar que es muy adecuada la referencia al mismo, así como su enlace desde *Lo somni* (p.41) y la relevancia que se reconoce a haberse confirmado como fuente del *Patrañuelo* (pp. 48-9). Comentarios como: «la traducción de la *Griselda* de Petrarca dejó en Metge una huella más allá de la lección de un nuevo clima de expresión literaria» (p. 40), revelan una lectura muy fina y atenta de esta última versión.

Desde este interés más parcial iniciaría una conversación que se alejaría de la reseña general, pero a la que me tientan tantos puntos en común que tocamos de refilón ambos, como el que Lope de Vega sitúe su obra griseldiana en tierras entonces aún catalanas, lo cual probablemente fuera —como se señala aquí— por la tradición castellana y francesa que lo situaba al pie de las montañas y a un lado de Italia (p.109).

Y quizás influenciada por mi particular orientación, creo que cabría introducir en la crítica griseldiana una abertura hacia su paisaje natural, que es el conjunto del libro XVII de las *Seniles*: la epístola XVII, 1 da la clave del conjunto, mientras que la XVII, 2 da razón de las dos siguientes, que contienen la traducción del *Griselda*. A menudo incluso aquella crítica se centra en detalladas relaciones de tipo formal que sólo afectan al superespecializado. Cosa que, sin embargo, no ocurre en este libro, del que hemos tomado muchas notas y cuyo enmarque hemos apreciado; pero en el que, como es lógico, al son de la tradición crítica que sigue y expone, tampoco se recoge el contexto de las *Seniles*, que es glosa del *Griseldis*. Contexto que Metge sí tuvo muy en cuenta.

En cuanto a comentar la muy exacta y generosa bibliografía, sólo nos cabría señalar otro estudio de Giuseppe Tavani (*La Griseldis de Petrarca i la Griselda de Bernat Metge*), que se incluye en *Per a una història de la cultura catalana medieval* (ed. Curial, Barcelona 1996), que amplía aspectos de sus aportaciones anteriores; así como el importante trabajo de Gabriella Albanese del 2000 (*Un dittico umanistico: Petrarca e Boccaccio*, en *Immaginare l'autore. Il ritratto del letterato nella cultura umanistica*), sin duda posterior a nuestro libro, dado que se reseñan otros de su autora.

Siguiendo la tradición de introducir algún comentario negativo como muestra de haber seguido bien el libro, sólo diría que en una segunda edición esperamos encontrar la nota 134, lo que en publicación tan cuidada sólo puede achacarse a la típica jugada-*boomerang* de nuestra época informática. Con tal minucia no pretendo más que relevar

el mérito, acierto e interés de este estudio, que ya parte del atractivo del relato, de carácter polisémico desde su más primitivo origen (pp. 19-25).

Valga como *happy end* repetir que tenemos aquí un bien hacer respetuoso y serio, lección de estudio filológico donde se puede aprender no sólo de Griseldas.

Julia BUTIÑÁ JIMÉNEZ

Gian Luigi BECCARIA, *Le forme della lontananza. Poesia del Novecento, fiaba, canto e romanzo*, Milano, Garzanti, 2001, 363 pp.

Tras la sugestiva imagen de «le forme della lontananza» Gian Luigi Beccaria reúne en este libro una serie de ensayos realizados entre 1976 y 1986. Aunque su contenido es heterogéneo: poesía, novela, cuento, canto y teatro populares, esa imagen integra estos componentes en una coherencia de significado; todos los textos contemplados por el autor fueron elaborados para permanecer, para durar en el tiempo; todos tuvieron en cuenta las formas de la tradición, miraron y repitieron «le forme della lontananza e della durata», en su manifestación elevada —«classicità» y «epos»— o popular. El libro no es, por tanto, una yuxtaposición de ensayos sino que una idea común ha presidido su realización, desde el más antiguo al más reciente. Una idea que Beccaria expone en el ensayo de apertura: «*Grande stile e poesia del Novecento*», publicado en 1983 en la revista *Sigma*, donde era el punto de referencia de un amplio debate sobre la condición de la poesía de aquel momento. La propuesta de Beccaria significaba una alternativa tanto frente al experimentalismo exasperado y manierista de las vanguardias como frente a una poesía «senza teoria», concebida como voz directa e inmediata de cuantos carecían en aquel momento de una forma político-institucional de reconocimiento y de expresión; una poesía identificada con el puro impulso emotivo, «selvaggia», de libre emanación y fluidez del yo y de carencia de referencia a la tradición poética. Frente a aquellas posiciones extremas Beccaria proponía entonces una alternativa bajo la fórmula «grande stile», que antes que nada era una actitud ante la práctica de la escritura. El «grande stile» es lo contrario de la audacia exhibida, del arbitrio gramatical, de los experimentalismos; es inserción de la escritura en una continuidad y es confianza en el signo y en su capacidad incisiva creadora; no es consciencia irónica de la precariedad de las formas. El «grande stile» implica una poesía dotada de un centro frente a una poesía carente de él que sólo se percibe como fluir, como dilatación del decir en todas las direcciones; implica la idea de la permanencia del ser, la idea clásica del objeto realizado para durar. Beccaria es consciente de la ideología y filosofía que subyacen bajo esta posición y que constituyen también el punto de referencia teórico de los ensayos que componen su libro. Sobrepasando una visión orgánico-historicista que vincularía el «grande stile» con la integridad y plenitud del individuo de la gran burguesía del siglo XIX, como apuntó Mengaldo en el mismo número de *Sigma* (el «grande stile» estaría «legato organicamente a una nozione di integrità individuale —la heredada de lo mejor del *ancien régime*— che oggi, salvo casi eccezionali appare solo pensabile come utopia o, peggio, come maschera» (Mengaldo: 40), sobrepasando esta visión reduccionista, Beccaria se adhiere a la filosofía que cree en los valores permanentes del ser, en la identidad del ser del hombre más allá de las diferencias del momento histórico en que se manifiesta su existencia, una identidad que queda «esculpida» en la forma definida y sólida